

Recorrió, entonces, otra parte del cañón y cada vez crecía más su admiración: la belleza de un lugar tan natural, tan tranquilo, tan solitario... “¡Qué raro que muy cerca de mi ciudad exista una zona como ésta y yo no la conozca!”, meditaba. Sin creer lo que veía extrajo de sus enseres la guía turística informativa, ya que cualquier urbanita que se precie ha de portar consigo un ejemplar que le diga los lugares que debe recorrer y los sitios de interés a visitar. Aquí estuvo un poco falto de originalidad al afirmar en alta voz: “¡...Esto no viene en mi libro; claro que como se me olvidó preguntar el nombre del pueblecito, no sé si estará reseñado o no, pero juraría que mi guía no habla, para nada, de este lugar!”

Todo esto no importaba mucho ante el descubrimiento del “nuevo mundo” y ensimismado por todo lo que le rodeaba, siguió caminando



sin reparar en el transcurso del tiempo, hasta que se sintió hambriento y cansado; al poco vio la huella de un camino y, animado por la proximidad de civilización, avivó el paso hasta alcanzar otro pequeño pueblo, tan o más bello que el anterior, enclavado en las inmensas paredes de roca. Como era de suponer nuestro “aguerrido explorador” portaba consigo la imprescindible cámara de fotos por lo que adoptó esa postura tonta, sin la que no parecen las fotografías salir bien, y empezó a disparar una vez, dos, tres...diez, en fin, lo habitual.

Satisfecho por lo realizado decidió atravesar las antiguas callejuelas, pensando no llamar mucho la atención, acostumbrado como estaba al anonimato de la ciudad. Debemos disculpar la ignorancia de nuestro amigo pues no sabía, hasta un tiempo después, que los sorianos son tan pocos que toda la provincia parece conocerse.

Pero no abandonemos a nuestro hombre, ya que acaba de tropezar con otro lugareño. Con alegría comprobó que entendía su idioma: esta vez el contrario hablaba más despacio y emitía una amabilidad muy natural. Hechos los correspondientes saludos preguntó por el nombre de los dos pueblecitos y así se enteró que se llamaban Torrevicente y Lumías, respectivamente. Lo peor fue cuando pidió que le indicaran un restaurante para comer y la respuesta hablaba de inciertos miles de kilómetros al norte, allá por Berlanga.

No crea el lector que no se produjo en la mente de nuestro protagonista un fuerte dilema: no sabía si sentarse en el suelo hasta llegar a ser alimento de buitres o simplemente seguir andando. Pero hay que tener en cuenta que su interno orgullo de viajero, unido al atuendo de “aguerrido explorador”, iban a obrar el efecto lógico: no podía demostrar lo que pasaba por su interior para que el lugareño no pensara que se trataba